

embargo, va a persistir cierto temor a una dictadura personal que, aunque erradicada, se puede transformar en imágenes de ciudadanos socialistas con gafas y chillones. No es eso, diría un docto profesor, no es eso. Algo huele a podrido en algunas democracias. Surge ese «Entremos más adentro/ en la espesura», de San Juan de la Cruz, que servirá de pórtico al libro. Pero más tarde llega el «Imposible dormir, imposible» (pág. 305). Tal vez como lemas permanentes para enfrentar toda una vida, toda una aventura en el difícil mundo de las aventuras precisas/imprecisas. Todo ello va a configurar de alguna manera al propio libro, incluso de manera atrevidamente siniestra, al convertirle en escenario de todas las historias que se van contienen a lo largo (y ancho) de diecisiete largos capítulos. Cada uno de tales capítulos, o partes de un modo llamado libro, se alarga en dos apartados que configuran los diferentes 'tempos' y que darán lugar a una especie de relatos paralelos comprendidos entre octubre de 1961 y septiembre de 1962 el primero, que asimila el título de la obra toda, y entre septiembre de 1975 y junio de 1977 el segundo, que comienza con el «Imposible dormir, imposible» ya descrito, y que se denomina para mayor conocimiento de lo que va a seguir «*Papeles de Miguel*».

Pero además, ¡adivinémoslo!, a lo largo de toda la obra surge un verdadero octubre candescente y perpetuo, es como llegar al intento de una reconstrucción pacífica de todos los años que se han vivido a través de la permanente esperanza de primaveras y primaveres, la fugacidad a veces lenta y apremiante de cálidos veranos o el terminante y magnífico episodio de tantos inviernos. Desde luego, hemos de añadir, las historias se suceden, se hermanan, por encima de todas ellas surgirá la oportuna perplejidad del propio autor ignorando cuanto le rodea y construyendo maravillas tan imaginativas e importantes como esos sucesos que tiene lugar al socaire de simples comentarios o tras esas inmerecidas historias nunca permitidas por lo brillante imaginadas. Está teniendo lugar el tiempo de la intolerancia. Surge lleno de vitalismo y con mesura de un pensador reflexivo y natural que, a cada momento, intentará la batalla de modificar su entorno, como antes decíamos de una vez por todas.

«Pero Ildefonso y Guillermo insisten en la política y don Ramiro defiende la tesis de que en la admirable sociedad impuesta al hombre de Dios, la función del pueblo no es la de gobernar, sino la de seguir fielmente a su Caudillo, cuando éste es tan sabio como cristiano. Doña Emilia le oye con ojos arrobados. Lo contrario lleva al caos, decreta don Ramiro, pero Ildefonso replica que no hubo desorden el 14 de abril y en cambio el Caudillo ese provocó un cataclismo el 18 de julio». Es el lenguaje.

Insistimos, es el lenguaje. El lenguaje como protagonista absoluto del libro. Y ello tal vez porque Sampedro ha intentado crear un estilo nuevo donde la reflexión cobre vigor y valor de auténticos símbolos literarios o, simplemente, porque el largo período de preparación de esta obra le haya llevado a su autor a seleccionar y, con ello, a depurar, todo lo imaginado. De ahí surgirían los variados significados de este universo, casi enloquecer aunque estático, en el cual se hará posible, una especie de entrelazamientos de las vivencias más integradas y de las ilusiones más ideales. Todo ello, en ese libro, vendrá aderezado por la ficción y por la magnificencia más absoluta. Es el lenguaje modificando cualquier realidad, cualquier situación imaginada o cualquier historia más o menos conmovedora.

Cualquier capítulo es suficiente ya para desvelar aventuras maravilladas o para soportar la incursión por ágiles caminos de la palabra y las tribulaciones de la gramática, además de

ejercer por sí mismo de importante soporte para la crítica política o para la reflexión personal y erudita. Todo ello, por ejemplo, a través de un empleo adecuado de ese «Instituto de Estudios Avicológicos», cuyo anagrama IDEA, dará pie razonado para suficientes comentarios o elucubraciones de la más variada índole, o gracias a las simples caminatas por un Madrid aún provinciano y desmesuradamente tranquilo, cuyo pórtico y ocasional refugio irá a asentarse precisamente en el «cuartel de Palacio». Leamos: «... ¡qué chafarrinones en lo alto del Teatro Reall, esas mandolinas cruzadas con saxofones entre cintajos de barraca de feria, qué decoración, quién dirige esas obras, qué ministro de la “Nueva España” habrá aprobado esa birria, pero no detenerme, cruzar la plaza, embocar la calle Vergara arriba, ese es el camino, ¿por qué esta angustia?, ando como por las nubes...». Y luego: «El autobús atestado bajó por la Universitaria hasta el gris horizonte de noviembre en Puerta de Hierro y, después, remontó con esfuerzo la Cuesta de las Perdices. Todo son recuerdos para don Pablo. ¡La Cuesta! Ahora es sólo una autopista. Se acabó el merendero “Casa Camorra” (la de verdad) en lo alto. Se acabó también aquel pícaro “El Tropezón”, más alejado. Ahora la cuesta no presencia viajes galantes, sino apresurados tránsitos. Todavía fue vía de conquistador en 1934, con Verónica, llamada Kety por los habituales del café “Acuario”, y a la que el Pablito de entonces empezó a llamar Vera cuando intimaron. La piel más de seda que acarició nunca». Cosas de la vida, de los paisajes, tal vez de los sueños, memoria de las cosas...

Las idas y venidas de los personajes de la obra debemos verlas más como un pretexto que como el contexto de la novela. No obstante, se hace importante la indagación de Miguel en su propio pasado o los encuentros y las pérdidas continuas de Agata y de Luis o todas las sutiles peripecias de los “vecinos” del «Cuartel de Palacio», barrió a la vez ampuloso y casi metafísico, por el que deambular, en cierto desconcierto (no desorden), trinan y perviven (viviendo después de) seres tan singulares y éticos como ese multitudinario don Pablo, el siempre efímero y persistente Luis Madero, la casi futurista doña Flora y el totalmente misterioso dorador, amén de la familia Gomés, de Tere y su chatarrero, de la divina Isolina, del señor Ramón, de Paco y la inefable Jimena y del entendido Gil Gámez, deambulador incansable y hasta tenaz: al fondo queda la musa, Narissa.

Además continuamente surgen historias, maravilladas, historias para extensos relatos donde puede cobrar vigor la existencia y donde el vivir incesante se manifiesta con tonos de angustia. Al tiempo, por ejemplo, que José Luis Sampedro —cada libro tiene, decíamos, mucho de autobiografía de su autor, o al menos de vivencias de— se va configurando como un renovador, con las distancias que ello separa al escritor del revolucionario, o se muestra como un intelectual exquisito, de fino tacto, sin suponerse líder carismático de ninguna ciencia real u oculta, o se autoestimula por el cambio de la crítica irónica, lejos de determinada burla agridulce de periódico sensacionalista —muy al uso en tres o cuatro tipos que hoy publican en las páginas de diarios tan importantes como «El País», «Diario 16», etc.— y a determinada distancia del vano insulto político también de moda en diarias páginas. En la novela de Sampedro, esta novela, todo es producto terminante de la reflexión y de la observación más permanentes. El autor se convierte en un protagonista más de la obra, no el principal por supuesto, y deambula entre sus personajes, sintiéndoles o ayudándoles a caminar, a «ser», en medio de las borrascas de una abominable dictadura personal o a través de las dificultades de tanto tiempo nebuloso, gris. Se busca la posibili-

dad de una salida para ese tiempo no tan efímero en que la libertad parecía algo inalcanzable. Ahí cobra valor la novela. Se convierte en testigo de una época, en guardia de unos deseos. Se perfila como la base para comprender un tiempo y unos sucesos que no por mentados suavemente dejan de tener todo el valor de unos hechos ya históricos y afortunadamente superados. Es así como resulta harto posible que la acción del libro y de sus protagonistas, llegue a puntos de verdadera ebullición y de inquietantes situaciones en la que se alterna algún tipo de erotismo con ciertos grados de violencia, o la insatisfacción con determinados modos que conducirán al miedo a lo habitual. Se mantienen las pretensiones moralizadoras con la rutina de algún desenfado entre lo pasivo de una crueldad a veces permanente.

La verdad es que acostumbrados a los relatos sensacionalistas, los multitudinarios productos de importantes premios literarios —con cena escandalosa incluida—, y las magníficas obras de importantísimos autores ya desfasados o decrépitos —recuérdese un académico ganando el Premio Ateneo de Sevilla—, un libro sencillo como éste, aunque caudaloso, como éste, no requeriría casi ningún comentario. Resulta algo anodino. Si acaso valdría como recensión de un obra rotunda y nítida. Tal vez sea ese uno de los valores a anotar en torno a *«Octubre, octubre»*. Otros datos podrían ser la personalidad creciente de su autor como creador de relatos de universos magnificados por la realidad y en la más permanente ficción o el valor de su espíritu como recreador de historias auténticas, o su capacidad de crítico de un tiempo y unos modos o, dígase de una vez, el valor de sus impresiones sobre una España desvalida y anónima.

Página 591: «Súbito chaparrón de agosto».

## Camino de Damasco, perdón, de Estocolmo

Al fin, por ahora, José Luis Sampedro descubre el mar Báltico, mientras que la jet society —deudores morosos en todos los bancos del mundo— descubre el Mediterráneo y sobre todo la Costa Banús marbellí. Mientras princesas asquerosas como la Von Bismarck indican que es necesaria que su llamada clase social exista para solaz de los pobres del mundo, que ven recompensado el vivir gracias a las fotos de bailarinas exuberantes que aparecen en las audaces revistas del corazón, José Luis Sampedro viaja al realismo. Y lo mejor de todo: lo cuenta.

Este camino de Estocolmo, como reflexión sobre una buena novela, valga para indicar que el narrar un maravillado encuentro entre dos culturas se convierte en el relato sobre actitudes y sobre cuestiones diferenciadas. El narrador que narre tales hechos, como se dice en los juegos de palabras, un buen narrador será.

Y lo es. Como veremos más adelante. Pero esta comparación con el camino paulino de Damasco no trata de enfrentar a Sampedro con ningún pasado más o menos tenebroso en el terreno de la narrativa, sino, más bien, enfrentarle a su propia osadía de hombre no de letras con la labor, un tanto primorosa, de quien trata de inventarse maravillados mundos de ficción tan cerca de las realidades que todo cuanto recrea va a convertirse en parte de su propio mundo, de un entorno más o menos alucinado pero, sencillamente, magnífico.